

## Habitados por Cristo

### Dinámica Interna del Paso



Como discípulo de Jesús, la parte que me toca es la de permanecer en Él, lo más cerca de su Corazón.

#### **Oración y Palabra de Dios**

Esto solo es posible permaneciendo en la Palabra de Jesús: "Si alguien me ama, guardará mis palabras y mi padre lo amará y vendremos a él para hacer nuestra morada en él" (Evangelio de Juan cap. 14, 23) "Haced vuestra morada en mí, haced vuestra morada en mi amor" dice también.

Para estar lo más cerca posible de su Corazón, es necesario meditar su palabra, verle y escucharle en los Evangelios, morar en profunda comunión con él, como el sarmiento y la cepa, y dejarnos transformar por él.

Sí, conviene morar en su Palabra para conocerlo con todo el corazón, para entrar en su Amor y reconocer su voz en medio de tantos ruidos que nos invaden. ¿Cuánto tiempo dedico cada día a la oración, para estar con Él y meditar su Palabra? Quién come su Palabra, quien medita las Escrituras, la Biblia, entra en toda la altura, la anchura y la profundidad de su Amor.

#### **Nacer a la vida en el Espíritu**

Para morar en Cristo y que Él permanezca en mí hasta el punto en que yo pueda decir con San Pablo: "Y ahora no vivo yo, sino que es Cristo que vive en mí" (Carta a los Gálatas cap. 2,20), debo entrar en la vida del Espíritu.

¿Se acuerdan de aquel hombre que pide a Jesús cómo “conseguir la Vida eterna”? (Evangelio de Marcos cap. 10, 17-21). Jesús, después de mirar con amor a ese hombre que respeta todos los mandamientos desde su juventud, le contesta: “solo te falta una cosa, anda, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y así tendrás un tesoro en el Cielo; después ven y sígueme”. Jesús invita a este hombre que observa con fidelidad la Ley de Dios, la Torá, a pasar de la obediencia de la ley a la vida en el Espíritu. Ser fiel a la ley de Dios es una buena cosa, pero es necesario ir más lejos. La ley, los mandamientos, pueden quedarse yertos. Puedo pensar que basta observar la ley al pie de la letra para entrar en la vida, y corro el riesgo de querer dominar mi vida, de creer que puedo alcanzarlo con mis propias fuerzas. Jesús invita a ir más lejos. Invita a seguirle.

¿A dónde? No lo dice. Hay que seguirlo. “El viento sopla donde quiere y tú oyes su silbido; pero no sabes de dónde viene ni a dónde va” (Evangelio de Juan cap. 3, 8). Seguir a Jesús es entrar en la vida del Espíritu. Es dejar el puerto para avanzar en aguas profundas, cambiar la seguridad por lo desconocido, la estabilidad por el movimiento; la vida es movimiento.

«Sígueme» «¿A dónde?» “El Hijo del hombre, no tiene en dónde apoyar su cabeza”. Es necesario ponerse en camino sin saber a dónde vamos. Hay que ser dóciles al Espíritu Santo sin buscar dirigir su vida. Puedo hacerlo en confianza porque he descubierto en mi vida que Él es fiel. Ser discípulo de Jesucristo es dejarse llevar por el Espíritu para discernir constantemente, en diferentes contextos, cómo ser fiel al Evangelio.

En efecto, como le dice Jesús a Nicodemo (Evangelio de Juan cap. 3), es cuestión de “nacer de nuevo”, “nacer de arriba”. Nicodemo es un hombre de la Torá. Él conoce la Ley, pero a pesar de tener mucha sabiduría está en la noche. Porque acceder al “Reino de Dios”, a un nuevo mundo, no es una cuestión de observancias o de conocimientos, sino de nacimiento. No basta practicar tal o cual virtud, o bien obedecer la ley y los mandamientos para acceder plenamente a la vida espiritual; es necesario familiarizarse con nuestra vida interior y, poco a poco, aprender a descifrarla para volvernos dóciles al Espíritu Santo.

Esto exige estar a la escucha. A menudo vivimos en exterioridad, en hacer, en agitación constante, en una charla interior, pero no escuchamos lo que está pasando en nuestro interior. Sabemos que el Espíritu Santo nos habla en torno a la resonancia afectiva de los acontecimientos y los encuentros de nuestra vida. Todo lo que vivimos produce alguna cosa en nosotros: paz, alegría, tristeza, encierro. Como el hombre rico que “se volvió muy triste” oyendo la invitación de Jesús. Es de esta manera que el Espíritu de Señor intenta hablarnos y que nos conviene discernir.

El que entra en la vida del Espíritu aprende a acoger estos movimientos interiores, crece en familiaridad con su vida interior y consigue poco a poco descifrar, discernir y reconocer la voz de Otro que intenta hablarle.

Se dice que San Ignacio “seguía el Espíritu, no iba delante, no sabía a dónde iba... él lo seguía con prudencia ignorante, su corazón ofrecido a Cristo con sencillez”.

El Espíritu Santo nos conduce lo más cerca posible del Corazón de Jesús.

## Cercano al Corazón de Jesús

El Espíritu Santo nos ayuda a discernir lo que es realmente el Amor: el amor a los enemigos y el perdón de las ofensas. Nos conduce a lo más profundo del Corazón de Jesús. Es su intérprete. Esta desmesura del Amor encuentra su más alta expresión en la Cruz de Jesús. "Delante de la Cruz, debemos dejarnos transformar por la fuerza del amor que se exprime en esta muerte ofrecida y en el perdón dado a los verdugos. Es en esta locura de amor que debemos sacar fuerzas para seguir con fidelidad la solicitud del Espíritu en nuestras vidas" (Michel Rondet sj. *Laissez-vous guider par l'Esprit*, Ed. Bayard).

"No es sin razón que el Corazón de Jesús traspasado por nuestra salvación es el símbolo del Amor. San Pablo, después de su conversión fulgurante gritó: *"El hijo de Dios que me amó se entregó por mí"* (Carta a los Gálatas cap. 2,20) – Dany Dideberg (Le Coeur de Jésus, source de vie). El "corazón" es el símbolo de "amor" por excelencia.

"Nadie puede conocer a Jesucristo enteramente si no entra en su Corazón, es decir en la más profunda intimidad de su Persona divina y humana". **San Juan Pablo II** (20 de junio 2004)

"Solo es posible ser cristiano mirando hacia la Cruz de nuestro Redentor, hacia Éste que han perforado" **Benedicto XVI** (15 de mayo 2006)

"El corazón del Buen Pastor no es sólo el corazón que tiene misericordia de nosotros, sino la misericordia misma. Ahí resplandece el amor del Padre; ahí me siento seguro de ser acogido y comprendido como soy; ahí, con todas mis limitaciones y mis pecados, saboreo la certeza de ser elegido y amado. Al mirar a ese corazón, renuevo el primer amor: el recuerdo de cuando el Señor tocó mi alma y me llamó a seguirlo, la alegría de haber echado las redes de la vida confiando en su palabra" (cf. Evangelio de Lucas cap. 5,5). Francisco (3 de junio 2016).

El discípulo a quien Jesús más amaba, el que mejor conocía el Corazón de Jesús, recostado junto a él (Evangelio de Juan cap.13,23) fue también el primero en reconocer a Jesús Resucitado a la orilla del lago de Galilea (Evangelio de Juan cap. 21, 7). Cuanto más cerca uno está del Corazón de Jesús, más percibe sus alegrías y sus sufrimientos por los hombres, mujeres y niños de este mundo; y reconoce su presencia hoy como ayer, obrando en el mundo.

«¿Dónde está Dios?» ¿Dónde está Dios, si en el mundo existe el mal, si hay gente que pasa hambre o sed, que no tienen hogar, que huyen, que buscan refugio? ¿Dónde está Dios cuando las personas inocentes mueren a causa de la violencia, el terrorismo, las guerras? ¿Dónde está Dios, cuando enfermedades terribles rompen los lazos de la vida y el afecto? ¿O cuando los niños son explotados, humillados, y también sufren graves patologías? ¿Dónde está Dios, ante la inquietud de los que dudan y de los que tienen el alma afligida? (...) Y la respuesta de Jesús es esta: «Dios está en ellos», Jesús está en ellos, sufre en ellos, profundamente identificado con cada uno. Él está tan unido a ellos, que forma casi como «un solo cuerpo». Papa Francisco (29 de julio 2016)

Cuanto más cercanos somos al Corazón de Jesús, menos indiferentes somos a lo que nos rodea, deseando comprometernos con Jesús en este mundo, al servicio de su misión.

